

escenario de la cultura europea, para iniciar tantas gentes en los secretos de la civilización y bautizarles con el agua lustral de nuestra Iglesia, necesitábase tanto los misioneros como los soldados, y unos y otros necesitaban de su vieja y confortante religión. Por eso los enemigos nuestros, todos ellos sectarios y dogmatizantes á una, olvidan el espacio que teníamos en la geografía planetaria al tiempo en que peleábamos con razas proventas y contrarias á la civilización cristiana y en que traíamos á la vida razas de un mundo recién descubierto, cuando nos dan en rostro con el excesivo celo religioso, al cual teníamos que obedecer para realizar el plan misterioso de la cultura humana y desempeñar nuestro ministerio histórico y cumplir nuestro fin propio en los inexcrutables designios de la divina Providencia. Menos explicable seguramente y mucho más triste la destrucción de nuestros municipios y de nuestras Cortes innecesaria para el todo común humano y atentatoria de suyo á nuestra dignidad nacional. Pudimos, á no dudarlo, evitar este gran desastre, haciendo coincidir, como Inglaterra, la constitución del Estado uno con la existencia de un Parlamento fuerte. No lo hicimos y llegamos por culpa de nuestras dinastías extranjeras á constituir cierta especie de imperio asiático y á decaer como esos pueblos petrificados en antiguas zonas geológicas de la Historia. Pero hemos desquitado el tiempo perdido, y servimos ahora indudablemente al tiempo por venir con los esfuerzos sobrehumanos hechos para subir á los cielos del espíritu moderno que tocamos ya y pertenecer como pertenecemos á la legión de las naciones soberanas y libres.

Al par que se iba formando el gran Estado español, también se iba formando el gran Estado francés. La nación de Voltaire ha sido la hija predilecta del clero y la espada del Pontificado en los primeros siglos de la Edad media. Y esa misma nación, patria de Verguian y de Robespierre, ha sido también la nación por excelencia de la monarquía. Quizás el espíritu de nuestro continente, porque hay espíritu de nuestra Europa, como hay espíritu individual de cada nación, como hay espíritu del mundo, necesitaba un factor intelectual tan importante como la Iglesia, y otro factor político tan importante como la monarquía, para formar en el centro de nuestra tierra europea, ese grande núcleo, cuyo poder debía fuertemente atraerse á los demás pueblos y servir á la cultura universal. Destacada del imperio carlovingio en el siglo noveno, su monarquía aparece como una sombra durante cien años, según lo pobres, débiles y tímidos que son sus

reyes. La elección de Hugo Capeto, cambió la naturaleza de tal institución, dándole otra más fuerte dentro de su organismo nativo. Los Capetos no repararon en medios, estimándolos iguales todos, si conducían al verdadero logro de su ambición: el establecimiento de un territorio, todo lo extenso posible, vinculado en su nombre y sirviendo como de hacienda patrimonial á su dinastía. Los rigurosos preceptos de la ley sálica, que proscribían las hembras del trono, y la fortuna casual de generar por espacio de tres siglos seguidos varones que recogieran la diadema en la línea directa, prestaron á los Capetos los auxilios del tiempo, eficaz para dar á todas las creaciones sociales y naturales robustez, mucho más, si estas creaciones son de privilegio, y necesitan de ciertos prestigios para dorar los blasones y las coronas de quienes las personifican. Los recuerdos carlovingios, que habían logrado legitimar como Césares verdaderos á chambelanes usurpadores y rebeldes; la consagración eclesiástica por el óleo santo en Iglesias primadas ó Basílicas; la supremacía de autoridad y jurisdicción señorial sobre los mismos señores feudales, ganando unas veces por fuerza y otras por astucia; la debilidad natural del Estado llano constreñido á buscar sombra para sus combatidas libertades en la copa del grandioso árbol que se llama solio, le permitieron á la familia capetiana y á sus derivados coger los feudos diminutos que cruzaban á guisa de aereolitos en alas de la guerra por los ensangrentados espacios; aprovechar las debilidades, bien del rey Juan, ó bien de la reina María de Inglaterra, desde territorios como la Turena y el Poitou, hasta ciudades como Calais; expulsar las dinastías feudales de la Provenza en la guerra de los Albgenses y alzarse con los territorios del duque de Borgoña, y con los feudos del condestable Borbón en una serie de porffas admirables; obtener la Champaña por un feliz matrimonio de Felipe el Hermoso; incluir tras la guerra de los cien años, entre sus dominios la Aquitania toda entera, y llevar las fronteras hasta el Pirineo; arrancarle al imperio Arles; reincorporar á la corona el Delfinado y la ciudad romana de Lyon; constituir, al cabo, esa unidad fortísima que coronó Luís XIV con sus victorias sobre las dos fronteras de Oriente y Occidente, hasta que, definitivamente, la consagró con sus medios creadores la revolución, formando la grande nacionalidad moderna, democrática, liberal, republicana, civilizadora, en el centro de nuestra Europa, suscitada contra ella por medio de sus reyes, los cuales se conjuraron para extinguir el espíritu revolucionario, y al fin y á la postre

de hinojos caída en adoración á sus plantas por la incontestable superioridad de sus ideas reveladoras y de sus instituciones progresivas. Esperemos en Dios, que tan alta unidad, constituida fuertemente al centro de nuestro continente, resultará en lo porvenir como la capitalidad moral de una grande confederación semejante á la fundada por las viejas ligas anfictionicas.

IV

¡Cuántos contrastes en el mundo! Parece que las naciones más próximas en el espacio han de resultar las más dispares por sus respectivas inclinaciones y por sus íntimos temperamentos. Opuestas la China y el Japón, opuestas Fenicia, de raza semítica, y Grecia, de indo-europea sangre, siquier la una termine Asia y empiece la otra Europa; muy opuestas Cartago y Roma, colocadas en dos riberas fronterizas del Mediterráneo quizás para comprenderse ó relacionarse, y no para combatirse; muy opuestas Italia y Alemania; muy opuestas Alemania y Austria, mucho más opuestas aún Austria y Rusia. Pues la misma grande oposición reina entre Francia é Inglaterra. En la una todo es variedad; en la otra todo unidad. La una es aristocrática por excelencia, la otra democrática. En Francia la idea del Estado predomina sobre la idea del individuo; en Inglaterra la idea del individuo predomina sobre la idea del Estado. Los franceses quieren ante todo la igualdad; los ingleses ante todo quieren la libertad. Cuando en Francia existe un gran Parlamento, este Parlamento parece grandiosa dictadura como le sucedió á la Convención; y cuando aparece una Corte monárquica en Inglaterra, esta corte misma se parece á un Parlamento. Francia debe llamarse la patria de las revoluciones; Inglaterra la patria de la evolución. Por tanto, ¡qué diferencia tan radical entre la formación de Inglaterra y la formación de Francia! Ésta metida en todas las complicaciones continentales por su territorio y por su genio; como el archipiélago británico separada la otra de todas las complicaciones continentales. Mientras no puede contar la imaginación los átomos de que se hallan compuestos así los territorios itálicos, como los franceses y los hispanos, cual sencillez en la composición histórica de Inglaterra. Sobre su raza primitiva de britanos y celtas, primero los latinos, que apenas la compenentran como compenetraron á España y Fran-

cia, convirtiéndolas durante todo el imperio en verdaderas Italias. Tras los romanos los sajones, y tras los sajones los escandinavos. Después de los primitivos escandinavos los destacados del Norte de Francia, y conocidos con el nombre de normandos. Estos sobreponen al individualismo nativo de los primeros sajones, y á la nativa democracia de los primitivos escandinavos, la nobleza y la monarquía normandas. Esta monarquía y esta aristocracia sometieron las regiones componentes del imperio británico, pero no se las asimilaron. Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, quedaron cada cual con su nativa originalidad. Solamente se unen á la vida continental, porque admiten primero la religión católica, que los reclama con los Papas de la Ciudad Eterna, y porque se dejan conquistar por los duques de Normandía, que los relacionan con los reyes de Francia. A quien se le haya ocurrido decir que los conquistadores quedan como una colonia directora, y á pesar de su dirección, muy aparte, se le ha ocurrido una gran verdad. Dos caracteres separan el Estado británico de todos los demás Estados europeos, la constitución de una Iglesia nacional, como no la tiene ningún otro Estado protestante, por medio del Anglicanismo, y la Constitución de un Parlamento nacional, como no lo tiene ningún otro Estado moderno, por medio de su egoísta y aislada pero fuerte y santa revolución. Inglaterra se ha quedado en relación muy fraternal é íntima con Escocia, pero en relación muy difícil con Irlanda. Sin embargo, si como yo creo, solamente las naciones soberanas de sí mismas son verdaderas naciones, Inglaterra llegó primero que ningún otro pueblo europeo en sus evoluciones progresivas á constituir esa vida superior que se llama la Nacionalidad. ¡Lástima que habiendo asociado á esa vida los dos países de Gales y Escocia no haya conseguido jamás de Irlanda otro tanto!

Pero no en todos los pueblos penetra tan pronto cual penetró en Inglaterra la idea de nación. Hay para esto dos causas, que no pueden ocultarse á quien salude la historia, y son, á saber: 1.^a, esa persistencia del Pontífice romano en conservar la supremacía intelectual, y 2.^a, ese gran sueño de la monarquía universal que penetra en el alma y en las entrañas de dinastías enteras. La persistencia del Papa provoca la revolución religiosa en el siglo décimo-sexto, y la revolución religiosa divide los pueblos europeos en dos ejércitos beligerantes. La Alemania del Norte, Suecia, Inglaterra sin Irlanda, la mayoría de los cantones helvecios, los holandeses forman á un lado,